

UNAS POCAS PALABRAS INICIALES

Pido perdón a los lectores más jóvenes, y a los más escrupulosos eruditos (*si alguno dellos se abaxare a possar sus ojos en aqueste libro mío*), por haber tratado de emular en un puñado de diálogos el incipiente castellano de los siglos XII y XIII. La razón de haberlo hecho es tan sencilla como subjetiva: me parecía que algunos personajes y situaciones merecían el uso de este juego literario para dar mayor verosimilitud y encanto a sus palabras.

A los eruditos poco más tengo que decirles: en todo lo posible me he ceñido a las normas de transcripción de manuscritos antiguos del *Hispanic Seminary of Medieval Studies* de la universidad de Wisconsin (exceptuando el uso de tildes, eñes y úes con función de uves, poco más...). Enseguida descubrirán ellos dónde fui fiel al balbuciente castellano de los anónimos copistas medievales que me han guiado en ese juego, dónde no pude ser fiel y dónde, por haber podido, *mis yerros e fallimientos non ayan perdón del çielo nin de sus entendidas cabeças*.

A los lectores más jóvenes, por el contrario, creo que sí debo contarles algunas otras cosas. La primera es que no tengan miedo del idioma que hablaron los abuelos de sus abuelos. El idioma es también una patria donde nacemos, quizá la mejor de todas. Antes de

conocer la tierra donde viviremos y donde vivieron, acaso, nuestros antecesores (*patria es terra pater*, la tierra de los padres) aprendimos a distinguir la voz y las palabras que acunaron nuestros primeros sueños. Nacemos en un idioma y en él aprendemos a vivir, porque las palabras son el alimento y la esencia de nuestra naturaleza. Los humanos somos seres que hablan y eso nos diferencia de los otros seres vivos, aunque quizá no tanto como pensamos...

¿He dicho «pensamos»? Lo he dicho, sí. Y también digo que no es posible concebir un pensamiento sin palabras. Se puede amar sin palabras, se puede sufrir sin palabras, pero no se puede pensar sin palabras. De ahí la importancia del idioma, nuestra primera patria. Y esa patria del idioma a la que no puedo sino amar es, en mi caso, el castellano.

Otra cosa que debo decir a los lectores más jóvenes, y especialmente a los lectores de Castilla y León (escenario de esta novela), es que han tenido la suerte de nacer en un idioma rico y en un territorio de riqueza extraña, que no siempre se corresponde a la de una tierra dura y esquilmada en tiempos aciagos... La riqueza de sus tradiciones, de sus leyendas, de sus monumentos, de su Historia y sus historias, contrasta muchas veces con la aridez de sus campos, con el vacío de sus pueblos, con la estupidez de algunos gobernantes y otras gentes codiciosas para quienes la palabra «patria» tiene una viciada relación etimológica con la palabra «patrimonio».

Sé que me estoy metiendo en un barrizal más espeso que el que aprisionaba los pies de los comuneros en la derrota de Villalar. Qué curioso, por cierto (y qué

significativo), que hayamos elegido la fecha de una derrota como el día de nuestra fiesta territorial. Pero mi naturaleza optimista me hace pensar que algunas derrotas sólo son el germen de triunfos venideros. Al fin y al cabo, ¿no ha demostrado el paso de los siglos posteriores que los ideales comuneros acabaron triunfando sobre el espíritu imperial?

Salgamos pues del barrizal y vayamos al espíritu de este libro, que no es otro sino el de fomentar el amor a esta tierra de Castilla y León, vilipendiada tantas veces como opresora cuando su triste realidad es que ha sido siempre una tierra oprimida, pues la historia de los reyes pocas veces coincide con la de sus vasallos. Esta Castilla que hace a sus hijos y los deshace (como dijera cierto noble poco antes de perder la cabeza) es también la tierra donde floreció el romancero, el derecho de Domingo de Soto y de Francisco de Vitoria, la medicina de Andrés Laguna, la música de Antonio de Cabezón, la espiritualidad de santa Teresa y de san Juan de la Cruz, por no hablar del románico más humilde y primitivo que pueda contemplarse, de las más bellas catedrales españolas, de tantas otras gentes y tantas otras cosas...

Antes de concluir estas páginas iniciales, como quiera que la vida de cualquier libro es imprevisible, quiero también dirigirme a lectores de otras tierras para decirles que esa circunstancia no debería ser un obstáculo insalvable para la lectura de *La llanura celeste*. Todos somos extranjeros en algunas ocasiones (a veces en nuestra propia patria), pero hay historias que no pueden circunscribirse al ámbito de las nacionalidades. El libro que marcó más profundamente mi

infancia, por ejemplo, narra leyendas y peripecias acaecidas en un país lejano, donde nunca he estado pero al que amo y admiro desde entonces gracias a que una escritora sueca, Selma Lagerlöf, escribió *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*, destinado en un principio a los escolares de aquellas lejanas tierras nórdicas. Mientras lo leía en mi Castilla profunda, yo era también un niño sueco, porque ésa es la magia inigualable de la literatura, capaz de transportarnos a otros mundos y otros tiempos, de darnos el regalo de otras vidas y hacernos más conscientes de la nuestra.

En esta misma línea, por último, quisiera pedir a todos los lectores de este libro que no confundan la tierra y el terruño, que el amor a lo cercano y propio no les haga despreciar el valor de lo lejano o de lo ajeno. Una patria se define más por su cultura que por sus fronteras. Nunca deberíamos olvidar que, además de nuestras pequeñas patrias entrañables, hay una gran patria común llamada mundo.

JOSÉ ANTONIO ABELLA

BREVE HISTORIA DE UN ROBO

A la vuelta de cierto recorrido por uno de los rincones más amenos de Castilla, entrada la primavera, me encontré, ya en Segovia, con José Antonio Abella. Hablamos una vez más de cómo los viajes, aun aquellos que discurren por los rincones más próximos, nos trastocan y nos producen un revulsivo interior que resulta siempre fecundo. Descendí entonces a los detalles del viaje que acababa de hacer y le hablé de un tipo curiosísimo, entre pícaro y atorrante, con el que me topara en los pinares de Vinuesa y con el que, unido a mi propio vagabundeo, pasé dos jornadas muy entretenidas por tierras del Burgo de Osma y San Esteban de Gormaz... Se llamaba Malaquías y era un hombre de corta estatura y edad indefinible, circunstancia marcada por un rostro curtido pero imberbe, tan disciplinado por el rigor de las intemperies como sensible a los pequeños regalos de la naturaleza, de verbo tranquilo y mirada desasosegante —verde un ojo y el otro negro—, sagaz e imaginativo, jovial pero extraño, como venido de otro mundo. Creo que así se lo dije a Abella.

Un año más tarde, José Antonio me puso en la mano el manuscrito de *La llanura celeste*. «Espero que reconozcas a aquel vagabundo que parecía venido del otro mundo», me dijo. Siempre estoy dispuesto a leer con pasión los manuscritos de los amigos. Recuerdo

que al día siguiente me encerré en el taller con aquel montón de folios; que a mediodía tuve que llamar a casa para anunciar que no me esperaran a comer y que, al final, cuando concluí la lectura, llamé a José Antonio para mostrarle mi entusiasmo. Naturalmente no vi a Malaquías por ningún sitio. El Gonzalillo que él traza no viene de otro mundo sino de otra época y aunque pudiera existir un vago paralelismo entre los dos personajes, Gonzalillo resulta más entrañable e ingenuo, más hazañoso y cautivador. Además, la sorpresa de verme retratado, viviendo no como persona sino como personaje, me llenó de perplejidad. Era como encontrarse con Sancho leyendo El Quijote.

José Antonio Abella, una de las personas menos dadas a furores autonómicos que conozco, había creado, ciñéndose al marco geográfico de Castilla y León, una trama de vertiginosas historias y encantamientos, sirviéndose de las viejas leyendas que han dado proyección mítica a esta tierra, a través de un pastorcillo medieval que aparece de golpe en nuestros días.

Naturalmente ha sabido enmascarar muchas de las fuentes en favor de la trama fascinante en la que se ve atrapado el protagonista y consiguientemente el lector.

Supe también que José Antonio Abella era un pequeño ladrón. Me explico; el libro que más honda impresión le causó en su infancia fue *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*. Este libro ha trastocado a muchos jóvenes. José Antonio me cuenta que lo leyó a los ocho años, cuando convalecía de un sarampión que derivó a neumonía y le mantuvo más de tres meses en cama. La fascinación que la obra de

Selma Laguerlöf le produjo fue tanta, me dice, que ya entonces se propuso llegar a ser escritor algún día.

Los escritores, los grandes escritores, siempre han sido pequeños ladrones. Cuando ellos llegaron, casi todo estaba ya inventado. A pesar de los años transcurridos y de que el sarampión sólo se pasa una vez, las huellas de Nils Holguersson seguían barrenando en la cabeza de Abella. Y ya se sabe que la única forma de librarse de una obsesión es cayendo en ella. Eso hizo José Antonio, pero en vez de perderse en los gélidos parajes de la geografía sueca, buscó con todas las armas de la literatura más exigente en ese riquísimo acervo de tradiciones orales e historias legendarias que han marcado el perfil de esta tierra vieja que es Castilla y León, creando con ese material una compleja y divertidísima historia por la que, como en una comedia de enredos, aparecen y desaparecen paisajes y personajes que dejarán en el lector la huella perdurable de toda obra ambiciosa que, utilizando materiales viejos, consigue insuflarles nueva vida, como han hecho siempre los pequeños ladrones de las letras. En resumen, éste es el resultado de *La llanura celeste*, una obra que transita viejos caminos y ciudades con una mirada sorpresiva y, por lo tanto, nueva.

IGNACIO SANZ

EL CABALLERO DE LA TRANSPARENTE ARMADURA

HORAS grises iluminan el comienzo de esta historia. Días en que la muerte, escondida tras los almendros en flor, espía los tragaluces oscuros, las saeteras afiladas, las mínimas hendiduras que dejan entre sí los sillares de los muros, el ojo de los cerrojos, los resquicios de las puertas que cierran a cal y canto los aposentos reales.

Alfonso, llamado por las crónicas el Bueno, descansa en el Infantado de Covarrubias de las muchas preocupaciones y batallas libradas en su azaroso reinado. Sobre los tejados de la villa se alza una torre poderosa y sombría. Un balconcillo de madera se apoya en los matabanques que la coronan. Desde allí, arropado en gruesas mantas de lana merina, contempla el monarca rojas tierras de labor, encinares polvorientos, paredones de roca donde, como pupilas enormes —rubias por el sol de la mañana—, se abren las cuevas que dan nombre a este lugar de leyenda, cuna de su reino.

Contempla el rey sus dominios y acaso piensa que, a través de las doradas grutas, son sus dominios quienes le contemplan...

¡Cómo le gustaría en esta hora no ser rey! O serlo de países tan lejanos que siempre amanecieran rodeados por un halo de niebla y fantasía. Gobernar, por ejemplo, sobre las Islas de Cucaña, donde ni son precisos los ejércitos, porque un foso marino las protege de navíos e invasiones, ni es necesario trabajar porque los árboles dan panes y las fuentes, vino; o sobre los reinos sumergidos de la Atlántida, donde los hombres respiran el mismo agua que los peces y son capaces de gozar el amor de las sirenas.

Pero estos territorios que le miran no están hechos de ensoñaciones. Son tierras de carne y hueso. Labrantíos y pedregales con nombre y apellidos. Sobre los que tiene que reinar y de los que se siente responsable. Sabe desde niño que no se reina sobre ideas o fantasías, sino sobre lugares que son surco, barro, polvo de caminos. Sobre tierras ensangrentadas que se pegan a las uñas, no sobre conceptos. Sobre vasallos que tienen frío y pasan hambre, no sobre quimeras.

—*Penosso e cruel destino, nascer rrey*—murmura entre dientes. Pero enseguida rectifica su pensamiento al ver desde su atalaya cómo un viejo y encorvado campesino se tambalea bajo una pesada carga de leña, seguido de cerca por un galgo famélico:

—*Penosso e cruel destino es el nascer.*

Y es que los días finales de este invierno están siendo difíciles para el monarca, difíciles y tristes. Ya han pasado casi dos años de la derrota que le infligieran los almohades, al pie del castillo de Alarcos, pero en su corazón tiene clavada esta humillación y no ve la hora de poder vengar la muerte de tantos súbditos valientes... Navarra, por otra parte, sigue interponiéndose

entre Castilla y Aquitania, entre la realidad del Estado y su imposible deseo de anexionar a sus territorios el ducado de Gascuña, perteneciente a la dote de su esposa, Leonor Plantagenet, la hija de Enrique II de Inglaterra y de la bella Leonor de Aquitania, la hermana de Ricardo Corazón de León y de Juan sin Tierra... Y, por último, el vecino reino leonés, con cuyo soberano —primo y yerno de Alfonso por el matrimonio con Berenguela, su hija mayor— no acaba de hacerse efectivo un tratado de paz.

Entre la telaraña muda de sus cavilaciones, el río, de espaldas a la torre, permite oír su voz melancólica. Él vuelve los ojos. Su corazón tirit. Ve álamos desnudos. Últimas hojas que habían resistido los rigores del invierno, ingravidas, solitarias. Hojas que ahora se dejan morir sobre las aguas y son arrastradas por la corriente.

—*Passan los años e sólo los recuerdos permanecen* —dice el monarca..., y un escalofrío le recorre los hombros, la cintura, los muslos y las piernas—: *Sólo somos lo que son nuestros recuerdos; et aun nuestros recuerdos, qual essas fojas omildes e porfiadas, terminarán por caer en el río del olvido.*

Hace frío. En esta primera hora de la mañana, el sol ilumina pero no calienta. Los almendros están en flor, mas la primavera no termina por decidirse a conquistar los campos horizontales de Castilla. Desde el sombrío balconcillo de la torre, el rey observa sus dominios, los rojos tejados, las soleadas calizas, los álamos del río. El rey observa y medita cuando, de repente, a su izquierda, casi rozándole la cara, un gran cuervo negro interrumpe con su vuelo y su graznido el curso de sus

reflexiones. Y en algún lugar de sus aposentos o de su mente se oyen, con claridad sorprendente, como un sentimiento repetido y desolado, los versos del juglar:

*A la exida de Bivar, ovieron la corneja diestra,
e entrando a Burgos oviéronla siniestra.*

* * *

Por aquellos días, un joven pastor de ovejas cuidaba los rebaños del monasterio de San Pedro, a orillas del Arlanza. Nunca figuró su nombre en las viejas crónicas, en los polvorientos códices, en los carcomidos legajos de los archivos históricos que guardan la memoria de los reyes, pero no la de los súbditos que hacen posible su reinado. Mas lo cierto es que se llamaba Gonzalo, y que todo el mundo, ese pequeño mundo de monjes y labriegos donde vivía, le llamaba Gonzalillo, por su menguada estatura y su corta edad, ya que apenas había cumplido los doce años.

Era Gonzalillo un muchacho despierto, ágil de piernas y de pensamiento. Su cabello, rubio como la miel. Sus ojos, inquietantes, verde el derecho y negro el izquierdo. Sus facciones, agradables como las de una doncella. Su corazón, noble y valeroso como deberían ser los corazones de los príncipes.

Todos conocían su nombre, pero nadie sus apellidos. Y es que Gonzalo no tenía apellidos. Cuando apenas medía tres palmos, casi recién nacido, había sido abandonado a la puerta del monasterio, donde fue criado por los propios monjes. A los pocos días murió el abad, mientras el niño retozaba tirando de la teta de la mujer del porquerizo.

Ahora, igual que la lluvia en los cristales, por la mejilla del chiquillo rueda una lágrima lenta. De haber tenido una madre, podría recordarla en este instante. Su cuna, sin embargo, estuvo en la zahúrda de los cerdos, y lo más parecido a una madre fue la mujer del porquerizo. Esa cama limpia y mullida donde ahora trata de conciliar el sueño debe de parecerse a las que tienen los ángeles y los santos que habitan el paraíso.

Así pasan la noche y la tormenta. El día nace con una atmósfera limpia y un cielo que invita a la alegría, azul como los sueños más hermosos. En la cocina, Claudia e Ignacio preparan el desayuno. Luna, en el patio de la casa, persigue a las abejas más madrugadoras mientras Gonzalillo, todavía en su cama celestial, se despereza con la sensación de haber dormido durante toda una eternidad.

—No sé si deberíamos contarle al chico la muerte del pobre don Fulgencio.

—Pero es preciso que lo hagamos. ¡Quién sabe de lo que es capaz ese tal Bermudo Laínez!

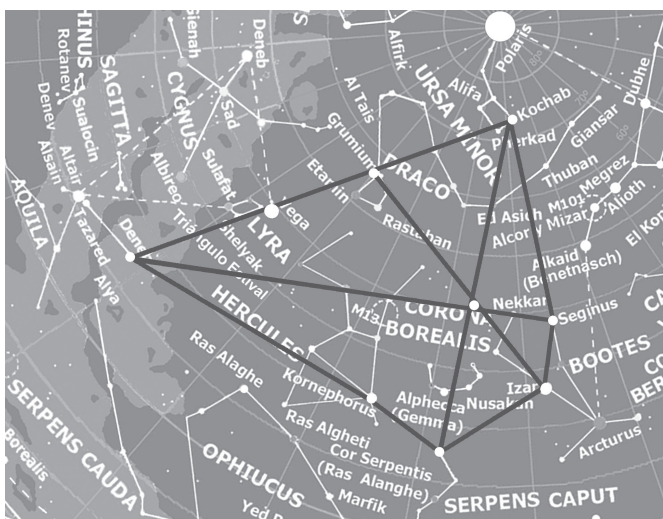
—En cualquier caso, debo seguirle acompañando: él no está preparado para este mundo, y además, con ese loco suelto...

Después del desayuno, mientras el muchacho baja unos trozos de pan a su compañero canino, el escritor desempolva un viejo libro de bachillerato (Geografía e Historia) y confronta con uno de sus mapas el dibujo del chico y el esquema trazado sobre el planisferio en la trastienda del librero asesinado:

—Habría que encontrar una relación entre las estrellas y aquellos puntos del mapa con los cuales pudieran tener correspondencia.

—Parece el juego de las tres en raya —comenta el hada al observar el dibujo que Gonzalillo trazara en la libreta del escritor.

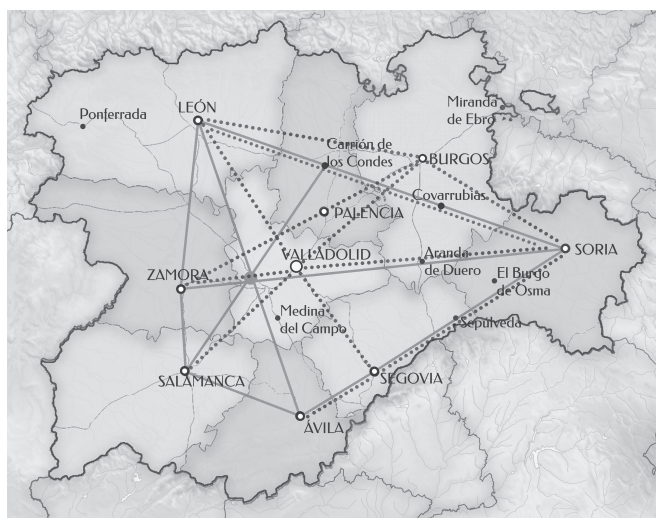
—A mí me parecía un diamante, pero ahora que lo dices..., sí, también se parece al juego de las tres en raya.



Ignacio queda pensativo. Su mirada pasa del dibujo al planisferio, del planisferio al mapa, del mapa al dibujo. Y sus ojos, de pronto, se iluminan. Se levanta de la mesa. Abre el cajón de un armario y toma otro mapa, de carreteras esta vez, con más datos y detalles. Busca también una regla y un lapicero. Vuelve a sentarse.

—¡Mira —le dice a Claudia tras colocar la regla sobre el mapa—: todas las capitales se encuentran en línea de tres! ¡Fíjate bien —desliza su lapicero por el borde de la regla—: Soria, Segovia y Ávila hacen exactamente tres en raya; lo mismo que Segovia, Valladolid y León; igual que Salamanca, Valladolid y Burgos; que Burgos, Palencia y Zamora; que Zamora, Valladolid y Soria...!

—Es realmente curioso —dice el hada—, y no parece fruto del azar... Las líneas de unión se asemejan a las medianas y bisectrices de un polígono irregular, como en el dibujo de Gonzalillo... ¿Por qué no unes las ciudades para formar los lados del polígono?



El nuevo valor de la cartografía sigue la sugerencia de su hada madrina y efectúa dos nuevos descubrimientos:

—Sólo la parte superior se diferencia de su dibujo... Pero si buscáramos San Pedro de Arlanza... Aquí debería estar, en este meandro del río, junto a Covarrubias... ¡y en línea con Soria y con León! ¡Caramba, caramba! Si Vega se corresponde con San Pedro de Arlanza y Deneb con Soria —murmura entre dientes el próximo director del Observatorio Nacional de Astronomía—, si Kornephorus lo está con estas apretadas estrellas de la Cabeza de la Serpiente... ¡Eso es! Las líneas del planisferio son las mismas que trazó el hebreo en el polvo... ¡Y su esquema se corresponde con las ciudades

del mapa! Pero hay algo que no me cuadra... Vamos a ver... No, no... Los perímetros de ambos dibujos se parecen pero miran en sentido opuesto, algo falla...

—Quizá sean simétricos —apunta el hada con inocencia.

—Sí, es posible. Pero no entiendo... ¿Qué quieres decir con que son simétricos?

—Que a lo mejor el cielo se corresponde con la Tierra como una cara con su imagen en el espejo.

Gonzalillo ha regresado a tiempo de escuchar las últimas palabras de Claudia:

—*¡Esso mesmo dixo el judío!*

—¡Sí! —exclama Ignacio con júbilo, juntando brevemente las manos y, acto seguido, el mapa con el planisferio—: ¡Ambos esquemas coinciden como una palma con la otra! Mira: Soria con Deneb, Segovia con Kornephorus, Ávila con...

—¡Qué listo eres, marido! —dice el hada mientras rubrica con un beso el inesperado descubrimiento de su clarividente esposo.

Si grande ha sido la alegría del escritor, no menos lo es la del chiquillo. Estrellas y lugares coinciden de un modo prodigioso. No estaba equivocado. Hay tiempo todavía de encontrar el mágico bebedizo que salvará la vida de su rey. Y aunque el hallazgo, ciertamente, es incompleto —faltan varios lugares que precisar y muchas claves por descubrir—, ya no se caminará más a ciegas porque hay un rumbo trazado y sólo queda seguirlo.

Las cosas que de verdad son importantes suelen ser las más sencillas. En una mañana luminosa, en una desordenada mesa de una modesta cocina, sin estridencias ni fanfarrias, se ha producido otro de los

milagros invisibles que dan sentido a la vida y vida a los sueños.

—*Agora avemos de buscar una astilla de la cruz de Christo, e tomar una salvia de Jerusalén a la sombra nasçiente de la luna menguante* —recuerda el chiquillo.

Ignacio consulta con el hada. Saben que en Segovia no hay error posible si se busca una astilla de la cruz de Cristo. Pero faltan muchas horas para que salga la luna y el muchacho se impacienta.

—Demos un paseo —sugiere Claudia.

El mastín, poco acostumbrado a permanecer encerrado, tira con fuerza de su correa. La calle cruza un arco almenado y los paseantes descienden hacia un valle que bordea la muralla, bajo las casas apiñadas de la judería. Un verdor vegetal invade las pupilas. El perro, ya suelto, se interna en la maleza exuberante. La ciudad desaparece. El oído se aturde con el canto de mil pájaros escondidos en los arbustos, en las copas de los chopos, de los castaños, de los arces, en las infinitas oquedades de la roca que sustenta la muralla, donde el agua rezuma y el musgo se adhiere como una alfombra vertical y viva. Siguiendo a Luna, llegan a una gran cavidad excavada en el escarpe. El bullicio de los pájaros parece detenerse ante la enorme boca del abrigo rupestre. Todo invita al silencio. Y en el silencio se oyen las gotas de agua que, como una música lejana, se estrellan, invisibles, contra el suelo. La voz adquiere una reverberación misteriosa, profunda, salida de otro tiempo.

—Es la Cueva Grande —dice el hada—. Aquí, en los días de lluvia, se guarecen los duendes del valle y los espíritus de los judíos.

algo que nunca hubiera olvidado de no haber sido porque la maraña de acontecimientos del último mes le ha hecho perder, con el sentido de la realidad, toda noción del tiempo: Es el día 23 de abril, la fiesta que conmemora la derrota de las tropas comuneras en los barrizales de Villalar. Se lleva las manos a la cabeza. ¿Acaso no puede ser ésa la «*rota de los campos captivos*»? ¿Acaso la situación de este pequeño pueblo, al oeste de Valladolid, no coincide con el punto de intersección del plano celeste? Ése es el lugar. No puede estar equivocado y así se lo va a comunicar a Gonzalillo cuando el segundo titular se le cuelga por el rabillo del ojo:

PERRO RABIOSO HUIDO

Tras atacar al guardián que procedía a echarle la comida y burlar todas las medidas de seguridad de las instalaciones, un perro rabioso ha escapado de la perrera vallisoletana.

Según todos los indicios, el animal (un enorme mas-

tín de color blanco y manchas grises) ha logrado huir aprovechando la salida de un vehículo del servicio de recogida de basuras. Ante cualquier perro sospechoso, se avisa a la población que extreme las precauciones (...)

Gonzalillo siente un aleteo de golondrinas en la jaula de sus costillas, el trote de un caballo desbocado latiéndole en las sienes.

—*¡Luna está vivo, vivo, vivo...!*

Se echa a llorar. Mientras lo buscaron por las calles de Palencia, no tenía ninguna esperanza de encontrarlo con vida. Muerto sí. Apuñalado en alguna cuneta o ahorcado en algún árbol. Porque su perro —y así se lo había dicho a Ignacio— sabía orientarse como nadie y jamás, por otra parte, le hubiera abandonado. Si

Luna está vivo, él acabará por encontrarlo... Pero antes es preciso recoger el último componente del bebedizo mágico. No hay tiempo que perder. Esas noticias jubilosas le han hecho reaccionar, sentir que tantos esfuerzos no han sido en balde, que todo, sí, todo es posible todavía.

También Ignacio se siente feliz, como si ese par de titulares le hubiera quitado de los hombros un saco de plomo. Abraza al muchacho. Dobla cuidadosamente el periódico y lo deposita en la papelera más cercana sin acabar de leerlo y, por lo tanto, sin percatarse de otra pequeña noticia reseñada entre los humildes sucesos de las páginas de provincia:

EXTRAÑO ROBO

Tordesillas.

Ha sido denunciada en el Cuartel de la Guardia Civil la sustracción de una armadura que se encontraba expuesta en una conocida tienda de antigüedades de esta localidad. Según manifestaciones del denunciante, el hecho se produjo durante la pasada noche, tras haber sido apalancada la cerradura del establecimiento.

Se da la curiosa circunstancia de que los responsables del robo no se llevaron ningún otro de los muchos objetos de valor que había en el lugar, a excepción de la citada armadura y sus pertrechos, todo lo cual -ha declarado el propietario a esta redacción- era minuciosa réplica de unos originales del siglo XIV que se encuentran en el castillo de Simancas.

Dentro de la papelera, una suciedad húmeda y aceitosa va impregnando las páginas del periódico, atraviesa las crónicas deportivas, llega a la información meteorológica y se detiene junto al anuncio de un próximo eclipse de luna. Si la falta de nubosidad permite su observación, circunstancia que en principio

confirman los pronósticos, el fenómeno será de una gran belleza por tratarse de un eclipse completo y visible desde toda la Península.

Nada en la mañana rompe la rutina de las golondrinas —o aviones comunes— que reparan sus nidos, de los gorrones o pardales que buscan unas migas de pan bajo los periódicos dejados en las papeleras. Pero, a cuarenta kilómetros de allí, en un pequeño pueblo mesetario, todo es distinto para sus congéneres que anidan junto a las chimeneas y bajo los aleros de los tejados.

En las grandes eras que hay a la salida de Villalar de los Comuneros, verdes y húmedas en este inicio de la primavera, amarillas y polvorientas en el estío como el espíritu de los hombres que aventan el grano sobre ellas, desde la tarde anterior se ha ido congregando un gentío joven y bullanguero. Al borde del camino que conduce a las eras, como setas multicolores, han brotado de la noche a la mañana tenderetes de buhoneros, puestos de almendras garrapiñadas, improvisados bares e incluso este año (novedad recién incorporada a la fiesta) la carpa de una pitonisa capaz de leer el futuro de sus clientes en las cartas del Tarot.

Ondean aquí y allá banderas rojas y moradas. Corre el vino, la canción, el grito. En la zona más próxima al pueblo, se ha improvisado un escenario para que políticos y músicos vayan alternando sus artes de aburrimiento y diversión colectiva.

—*¿Qué cosa es toda aquesta romería?* —pregunta Gonzalillo.

—Es la fiesta de la Comunidad.

—*¿Et a cuál sancto se festeja?*

—A san Juan de Padilla, san Juan Bravo y san

Francisco Maldonado, vencidos y decapitados en la plaza de este pueblo.

—*Nunca ove escuchado su nombre en los sermones.*

—Porque naciste mucho antes que sus padres. Esta tierra que estás pisando se sublevó contra su rey. Y ellos fueron los capitanes del pueblo.

—*¿Un pueblo alçado contra su rrey? Si los rreyes son rreyes, es por la voluntat de Dios nuestro Señor...*

—¿Quién te dijo eso?

—*Los monjes me lo dixeron et es cosa que todo el mundo sabe...*

—No lo creas. Los reyes son reyes como los pastores son pastores. Porque hay ovejas.

—*E lobos...*

—¿Y en qué se diferencian los lobos de los reyes?

—*Tú mesmo avedes dicho que los rreyes son como pastores, non commo lobos...*

—¿Y qué distingue a los pastores de los lobos, eh? Tanto los unos como los otros acaban matando a las ovejas para su propio beneficio. Si hay alguna diferencia es que los lobos van derechos, sin engaño, mientras que los pastores se hacen pasar por amigos de las ovejas: las vigilan y las alimentan... para matarlas.

—*Yo soy pastor...* —dice Gonzalillo con un hilo de voz, compungido como si le acabaran de acusar de un crimen abominable.

—¡Tú qué vas a ser pastor! —acaricia el escritor la rubia y ensortijada cabellera del pequeño—. Tú sólo eres un corderillo...

Tras las intervenciones de los políticos, tan aplaudidas como abucheadas por el público que llena la campa, los músicos suben al entarimado.

—¡Alegría! —grita el que dirige el grupo: alto, barrigudo, dicharachero como los antiguos juglares. Suenan las dulzainas por la megafonía y el aire de la mañana se atruena con el estruendo de las jotas:

*Por el puente de Aranda
se tiró, se tiró,
se tiró el tío Juanillo
pero no se mató...*

Ignacio y el muchacho pasan en ese momento ante el tenderete de la echadora de cartas.

—¡Tierra, tráganos! —murmura el escritor cogiendo por el brazo a Gonzalillo y tirando de él con intención de huir.

*... pero no se mató,
pero no se mató...*

—¡*Bon jour, monsieur Sanz!* ¡Qué alegría *vegle* en este *lugag...*!

—¡*Madame Furet!* ¡Qué sorpresa! ¿Cómo se encuentra?

—*Tgiste*, ¿cómo voy *a estag...*? Muy *tgiste*. ¿No sabe usted, *monsieur Sanz*, que mi gatito Dayán *pegdió* su linda cola?

—¡Oh, no! ¡Cuánto lo siento!

—Bueno, no *impogta*. Ya que están ustedes aquí..., ¿no *quieguen* que les adivine su *futugo*?

—No..., bueno..., no es necesario..., en realidad...

—¡*Sí, por favor!* —exclama Gonzalillo.

En los ojos de la pitonisa chisporrotean dos cirios encendidos. Pide a su vecino que baraje el mazo de naipes y coloca cinco sobre la mesa, boca abajo, en